

COSMOPOLITA

El término “cosmopolitismo”, antítesis de “nacionalismo” (al que me referí en [otro artículo](#)) tiene varios significados que me gustaría por lo menos airear. Comienzo brevemente por sus raíces históricas para seguir con algunas consideraciones más actuales.

Literalmente “cosmopolita” significa “ciudadano del mundo”. Sócrates y los sofistas fueron los primeros en contraponer naturaleza y convención como tema de reflexión: la diferencia es que al primero lo condenaron a muerte por cuestionar las convenciones sociales, mientras que los segundos enseñaban a usarlas con éxito en la vida pública.

Pero el primer filósofo griego que reivindicó el término “cosmopolita” fue Diógenes de Sínope, fundador de la escuela helenística cínica o etimológicamente “perruna”. Según parece, sus compatriotas atribuían esta denominación a los pensadores (o individuos) que se declaraban ajenos o contrarios al rígido nacionalismo diferencial del *nomos* (usos sociales, costumbres, leyes, religión) de las ciudades Estado griegas. Después de todo, el perro es un animal que se rige por sus inclinaciones naturales y habita en todos los lugares del mundo. También los estoicos defendieron que el vínculo primordial que une a los hombres no es político sino natural. La naturaleza humana, como la cualquier ser vivo, es un conjunto de necesidades, instintos, tendencias, deseos y fines universales. En líneas generales, ambas escuelas vinculan la tesis del cosmopolitismo con la existencia de una *ley común*, una especie de ley natural que, por encima de cualquier legislación positiva determina el bien y el mal, lo justo y lo injusto, la virtud y el vicio, la felicidad y la desdicha, y sería la medida exacta de la conducta humana. Corresponde a la razón descubrir esta naturaleza innata. Son las leyes naturales las que unen a los hombres y los acercan fraternalmente como ciudadanos de un orden utópico, decían. La mayoría de las escuelas helenísticas, por ejemplo, los

epicúreos, crearon jardines y espacios de convivencia ajenos a la ciudad Estado. Para las escuelas helenísticas, el hombre no es por naturaleza un animal político, como afirmaba Aristóteles, sino simplemente... un animal.

Y aquí empieza el lío: cuando las sucesivas generaciones de filósofos pretendieron haber encontrado las leyes comunes ocurrieron tres cosas: primero, que las convirtieron automáticamente en sólidas convenciones, en formulaciones explícitamente teológicas, éticas y políticas; segundo, que no hubo acuerdo en la formulación de tales leyes. Recordemos a San Agustín (*idos ciudades* que se ignoran!) Tomás de Aquino, Hobbes, Locke, Rousseau o Marx; tercero, la diversidad de interpretaciones de la esencia de la naturaleza humana desvía el sentido genuino del cosmopolitismo hacia su contrario: las diferencias religiosas, morales y legales.

Algunos han querido ver esa naturaleza humana común, universal, en la construcción histórica de los derechos humanos. Podemos pasar por alto que su descubrimiento histórico, progresivo y progresista, no sea contradictorio con su carácter natural. Una sola anécdota desbarrata el invento. Hace años participé en la elaboración de los programas de Bachillerato y los libros de texto de un país centroafricano. Contaba con la colaboración de dos expertos nativos pertenecientes a etnias distintas. Cuando salió a la palestra el tema de los derechos humanos ambos coincidieron en que eran un invento de la cultura occidental y que no tenían ningún valor para las etnias africanas. Allí regían otros códigos inmutables. Incluso los derechos naturales eran diferentes para cada etnia, una de las cuales, para empezar, se sentía superior a la otra desde tiempo inmemorial por unas mitologías arcanas anteriores incluso a la aparición de las *razas*. Los jefes tribales son los herederos de los héroes inmortales del mito y sus derechos sobre sus súbditos son ilimitados.

En los países que defienden la universalidad de los derechos humanos, ocurren, a su vez, tres cosas: primero, los respetan parcialmen-

te o no los respetan; segundo, son el aceite lubricante del capitalismo industrial y financiero; tercero, una tupida niebla semántica difumina el significado de sus términos para adecuarlos cuando convenga a fines particulares. No me extraña que los miembros de la Academia de la Lengua pierdan los papeles en sus disputas.

La Unión europea está basada en intereses económicos puntuales y un nacionalismo sin careta. La actual política internacional de Estados Unidos, Rusia o China consiste exclusivamente en barrer hacia dentro. No se ponen de acuerdo siquiera en evitar los crímenes de lesa humanidad.

Leía hace días en la prensa que un renombrado astrofísico afirmaba que por un montón de razones estamos solos en el cosmos. Inversamente, en la NASA consideran que sería un milagro estadístico que fuera así. Sea como sea, la mayoría de las personas, posiblemente influenciadas por la ciencia ficción y otras ficciones más interesadas, consideran a los extraterrestres provenientes de otros lugares del universo más como una amenaza *nacionalista a escala planetaria* que como unos pacíficos bienhechores dispuestos a compartir el pan y la sal. Después de todo, nada menos cosmopolita que *El señor de los anillos* o *Juego de tronos*. En las encuestas extraterrestres se impone la fuerza a la sabiduría. Quizás esos viajeros del más allá sepan en qué consiste la ley común a los seres racionales. Que nos visiten estos ciudadanos del cosmos acaso sea la única solución posible a lo que Borges tituló *Historia universal de la infamia*.

¡Pobre Diógenes si levantara la cabeza!

En cualquier caso, como dice el refrán, *Dios aprieta pero no ahoga*. Hay brotes verdes de cosmopolitismo entre los jóvenes: por ejemplo, los universitarios que disfrutan de las becas Erasmus para formarse profesionalmente y conocer otras personas, lenguas y culturas en los países de la Unión Europea. Vuelven encantados y enriquecidos con la experiencia. Algunos encuentran allí a su media naranja e incluso se instalan definitivamente porque fuera de España hay mejores oportu-

nidades de trabajo debido a la libre circulación de personas y, sobre todo, a la escasez y precariedad de nuestro mercado laboral.

Las oportunidades de viajar a precios asequibles permiten a los jóvenes moverse por todos los rincones del planeta y conocer, independientemente de su valoración ética y política, una increíble variedad de culturas. Esta es quizás la mejor educación cosmopolita: observar, aprender, comparar, proponer.

Dejo sobre la mesa, por último, tres preguntas: en los grandes centros urbanos, coexisten diversas razas, creencias, costumbres, tradiciones procedentes de diferentes países; por ejemplo, Nueva York, París, Berlín, Londres o Madrid. ¿Se puede hablar *realmente* de cosmopolitismo? ¿Ha sido y es Barcelona una ciudad cosmopolita? ¿Qué respuesta cabe desde el cosmopolitismo al drama de la emigración desde las costas africanas a Europa?